

HERNANI.—No temas: sé yo muy bien cómo se despacha á un hombre y en cuidado me lo tengo.

1.^{er} CONJURADO.—¡ Que toda traición recaiga sobre el traidor y Dios te guarde! Nosotrós, condes y barones,



si éste parece sin matar, continuaremos. Juraremos todos herir á nuestra vez, sin excusa ninguna, á Carlos, condenado á muerte.

TODOS (*Sacando las espadas*).—¡ Juremos!

GOtha (*Al 1.^{er} conjurado*).—¿ Por qué, hermano?

D. Ruy.—Por esta cruz.

(*Tomando su espada por la punta y levantándola*.)

TODOS (*Levantando sus espadas*).—¡ Que muera impenitente!

(*Se oye un cañonazo lejano. Todos se detienen en silencio.*)

Entreábrese la puerta del sepulcro y aparece don Carlos pálido y presta atento oído. Suena otro cañonazo y luego otro. Abre de par en par la puerta del sepulcro, pero sin dar un paso, de pié é inmóvil en el dintel.)

ESCENA IV

LOS CONJURADOS, DON CARLOS, luégo DON RICARDO; Señores, Guardias; el REY DE BOHEMIA, el DUQUE DE BAVIERA, DOÑA SOL.

D. CARLOS.—Señores, retiraos un poco. El emperador os oye. (*Todas las antorchas se apagan á la vez. Profundo silencio. Da un paso en las tinieblas tan densas que apenas se distinguen los conjurados inmóviles y mudos.*) ¡Silencio y sombras! El enjambre sale de ellas y á ellas vuelve. ¿ Creéis que esto va á pasar como un sueño, y que en la oscuridad os he de tomar por hombres de piedra sentados en sus sepulcros? Hace poco hablabais bastante alto, estatuas. Ea, levantad las abatidas frentes porque aquí está Carlos Quinto. Heridme, dad un paso... Vamos ¿ os atreveríais? No, no os atrevéis. Vuestras antorchas llameaban sanguinarias bajo estas bóvedas y ha bastado mi aliento para apagarlas todas. Pero ved: si yo apago muchas, enciendo aún más. (*Da con la llave en la puerta de bronce del sepulcro, y á esta señal todas las profundidades del subterráneo se pueblan de soldados con antorchas y partesanas. A su frente el duque de Alcalá, el marqués de Almuñan, etc.*) ¡Acudid, halcones míos! He descubierto el nido; tengo la presa. (*A los conjurados.*) También yo alumbro: el sepulcro llamea. ¡Ved! (*A los soldados.*) Venid todos, que el crimen es flagrante.

HERNANI (*Mirando á los soldados*).—En buen hora. Solo, me parecía muy grande: creí que era Carlomagno y no es más que Carlos Quinto.

D. CARLOS (*al duque de Alcalá*).—Condestable de Castilla (*Al marqués de Almuñan.*) Almirante, aquí. Desarmadlos. (*Cercan á los conjurados y los desarman.*)

D. RICARDO.—Augusto Emperador...

(*Inclinándose hasta tierra.*)

D. CARLOS.—Te nombro alcalde de palacio.

D. RICARDO.—Dos electores, en nombre de la cámara dorada, vienen á cumplimentar á la sacra Majestad.

D. CARLOS.—Que entren. (*Bajo.*) ¡Doña Sol!

(*Don Ricardo saluda y sale. Entran con antorchas y músicas el rey de Bohemia y el duque de Baviera, ceñida la corona. Numeroso cortejo de señores alemanes con la bandera del imperio, el águila bicéfala con el escudo de España en medio. Los soldados forman calle y dan paso á los dos electores hasta el emperador á quien saludan profundamente.*)

EL DUQUE DE BAVIERA.—Carlos, rey de los romanos, Majestad sacratísima, Emperador, el mundo está ahora en vuestras manos, porque tenéis el imperio. Vuestro es ese trono á que todo monarca aspira. Federico, duque de Sajonia, fué primero el elegido; pero juzgándoos más digno, no ha querido aceptarlo. Venid, pues, á recibir la corona y el globo. El sacro imperio os reviste de la púrpura, os ciñe la espada y os hace Máximo.

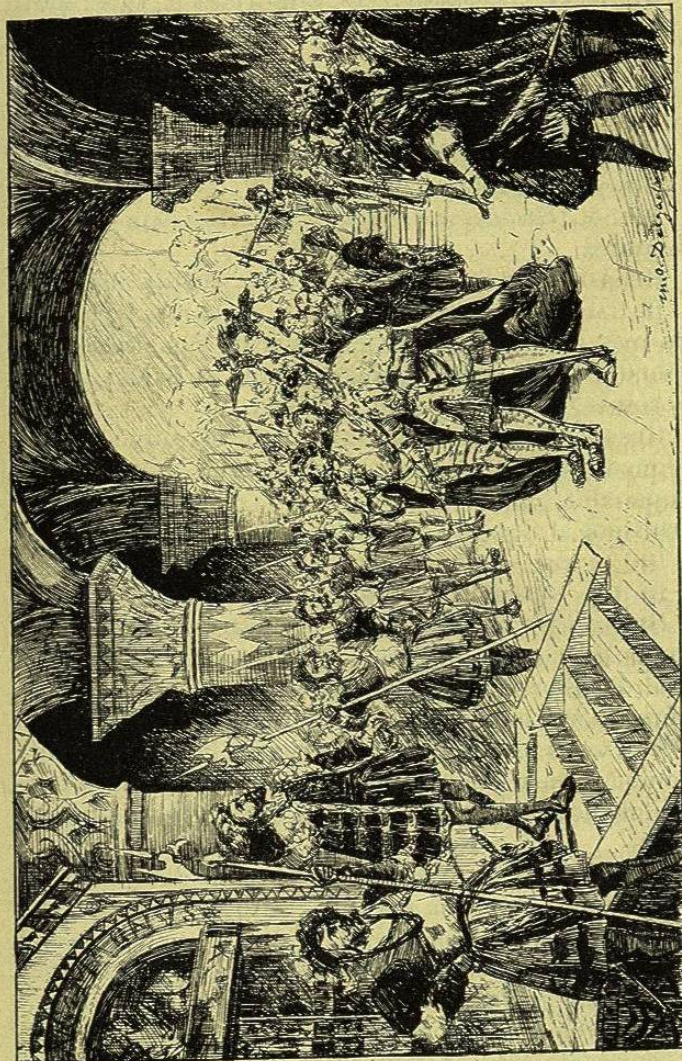
D. CARLOS.—Iré á mi vuelta á dar las gracias al colegio. Gracias, hermano de Bohemia; primo de Baviera, adiós. Yo mismo ire.

EL REY DE BOHEMIA.—Carlos, nuestros abuelos se llamaban amigos, nuestros padres lo eran igualmente; Carlos, ¿quieres que seamos hermanos? Te he visto pequeñuelo, y no puedo olvidar...

D. CARLOS (*Interrumpiéndole*).—Rey de Bohemia, vos sois familiar nuestro. (*Les da la mano á besar y los despide.*) Adiós. (*Salen los dos electores con su cortejo.*)

LA MULTITUD.—¡ Viva!

D. CARLOS (*Aparte*).—Estoy en ello. Todo me abre paso. ¡Emperador!... por renuncia de Federico el Sabio.
(*Sale doña Sol.*)



EL DUQUE DE BAVIERA.—...El sacro imperio os reviste de la púrpura...

D.^a SOL.—¡Soldados! ¡El Emperador! ¡Dios mío!
¡Qué golpe tan imprevisto! ¡Hernani!

HERNANI.—¡Doña Sol!

D. RUY (*Al lado de Hernani. Aparte.*).—No me ha visto Sol.

(*Doña Sol corre á Hernani y retrocede ante su mirada.*)

HERNANI.—Señora...

D.^a SOL (*Sacándose del seno el puñal.*).—Aún guardo su puñal.

HERNANI (*Tendiéndole los brazos.*).—¡Amada mía!

D. CARLOS.—¡Silencio! (*A los conjurados.*) ¿Estáis ya más alentados? Conviene que dé una lección al mundo. Lara el de Castilla y Gotha el Sajón, todos vosotros ¿qué hacíais aquí? Hablad.

HERNANI (*Dando un paso.*).—Señor, es muy sencillo y puede decirse en alta voz. Estábamos grabando en la pared la sentencia de Baltasar. (*Alzando el puñal.*) Dábamos al César lo que es del César.

D. CARLOS.—En buen hora. ¿Y vos, traidor Silva?

D. RUY.—¿Quién de nosotros dos?

HERNANI (*A los conjurados.*).—Nuestras cabezas y el imperio. Tiene lo que desea. (*Al emperador.*) El manto azul de los reyes podía embarazar vuestros pasos. La púrpura os conviene más: en ella no se ve la sangre.

D. CARLOS (*A Ruy Gómez.*).—Primo Silva, has cometido una felonía que bien merece borrar del blasón tus títulos. Eres reo de alta traición, Ruy, bien lo reconocerás.

D. RUY.—El rey Rodrigo hizo al conde don Julián.

D. CARLOS (*Al duque de Alcalá.*).—No prendáis sino á los títulos: los demás...

(*Don Ruy Gómez, el duque de Lutzelburgo, el de Gotha, don Juan de Haro, don Guzmán de Lara, Téllez Girón y el barón de Hohemburgo se separan del grupo de los conjurados entre los que queda Hernani. El duque de Alcalá los rodea estrechamente de guardias.*)

D.^a SOL.—¡Se ha salvado!

HERNANI (*Saliendo del grupo.*).—Pretendo que se me cuente entre ellos. (*A don Carlos.*) Pues que se trata aquí de subir al cadalso y Hernani, como oscuro pastor, quedaría impune; pues que su frente no está al nivel de tu cuchilla; pues que es preciso ser grande para morir, me levanto. Dios que da los cetros, me hizo á mi duque de Segorbe, y duque de Cardona, y marqués de Monroy, y conde de Albaterra, y vizconde de Gor, y señor de lugares cuyo número no recuerdo ahora. Soy Juan de Aragón, gran maestro de Aviz, nacido en el destierro, hijo proscrito de un padre asesinado por sentencia del tuyo, rey de Castilla. El asesinato es negocio de familia entre nosotros: vosotros usáis el cadalso; nosotros el puñal. El cielo me hizo duque y el destino montañés. Pero una vez que sin fruto, he afilado mi hierro en las peñas de los torrentes, cubramonos, grandes de España. (*Se cubre y lo imitan todos los españoles.*) Sí, nuestras cabezas, oh rey, tienen el derecho de caer cubiertas delante de ti. ¡Silva! Haro! Lara! Señores de título y de raza! pido mi lugar entre vosotros. (*A los cortesanos y á los guardias.*) Criados y verdugos, paso á don Juan de Aragón!

(*Se mete en el grupo de los señores presos.*)

D.^a SOL.—¡Dios mío!

D. CARLOS.—En efecto, había olvidado esa historia.

HERNANI.—La afrenta que el ofensor olvida insensato, vive y se revuelve siempre en el corazón del ofendido.

D. CARLOS.—¡Con que yo soy hijo de padres que decapitaron á los vuestros! Este título basta.

D.^a SOL (*Arrodillándose á sus piés.*).—¡Piedad, señor! Sed clemente con él, ó heridnos á los dos, porque es mi amante, es mi esposo, y sólo por él y para él vivo. ¡Piedad, señor, os lo ruego de rodillas á vuestras sagradas plantas. Le amo y es mío, como el imperio es

vuestro. ¡Oh! ¡perdón! (*Don Carlos la mira inmóvil.*)
¿Qué idea siniestra os absorbe?

D. CARLOS.—Ea, levantaos, duquesa de Segorbe, condesa de Albaterra, marquesa de Monroy... ¿Tus otros títulos, don Juan?

HERNANI (*Con delirio.*)—¿Habla así el Rey?

D. CARLOS.—No; el Emperador.

D.^a SOL (*Levantándose.*)—¡Gran Dios!

D. CARLOS (*A Hernani.*)—Duque, he aquí tu esposa.

HERNANI (*Recibiéndola en los brazos.*)—¡Dios justo!

D. CARLOS (*A Ruy Gómez.*)—Primo Silva, tu nobleza es celosa, bien lo sé; pero un Aragón bien vale lo que un Silva.

D. RUY.—¡Ah! no es mi nobleza la celosa.

HERNANI.—¡Oh! Mi odio se extingue. (*Tira el puñal.*)

D. RUY (*Mirándolos abrazados. Aparte.*)—¡Qué hacer! ¡Oh amor loco! insufrible dolor! Les darías lástima. Anciano, arde sin llama, ama y sufre en secreto, ó se reirían de ti.

D.^a SOL.—¡Duque, duque mío!

HERNANI.—Ya no tengo más que amor en el alma.

D.^a SOL.—¡Oh dicha!

D. CARLOS (*Con la mano en el pecho. Aparte.*)—¡Extinguete, corazón ardiente y juvenil! Deja reinar al espíritu que siempre turbaste. De hoy más, tus amores, serán Alemania, España, Flandes. (*Mirando una bandera imperial.*) El emperador es como el águila, su compañera: en el sitio del corazón no tiene más que un escudo.

HERNANI.—¡Ah! Sois César.

D. CARLOS.—Don Juan, tu corazón es digno de tu noble casa. (*Indicando á doña Sol.*) Eres también digno de ella. De rodillas, duque. (*Hernani se arrodilla. Don Carlos se quita el Toisón y se lo pone á él.*) Recibe este collar. Sé fiel. Por San Esteban, duque, te hago caba-

llero de esta orden. (*Lo levanta y abraza.*) Pero tú tienes el más bello y precioso collar... el que yo no tengo, el que falta al poder: los brazos de una mujer amada y amante. Vas á ser muy feliz. Yo... yo soy emperador. (*A los conjurados.*) Ignoro vuestros nombres, señores. Odio y rencor, todo quiero olvidarlo. Idos en paz: os perdono. Esta lección me cumple dar al mundo.

LOS CONJURADOS (*Cayendo de rodillas.*)—¡Gloria al Emperador!

D. RUY (*A don Carlos.*)—Yo solo quedo condenado.

D. CARLOS.—Y yo.

HERNANI.—Yo no odio ya. ¿Á quién se debe esta mudanza?

TODOS.—¡Honor á Carlos Quinto!

D. CARLOS (*Volviéndose hacia el sepulcro.*)—¡Honor á Carlomagno!... Dejadnos solos á los dos.

(*Salen todos.*)

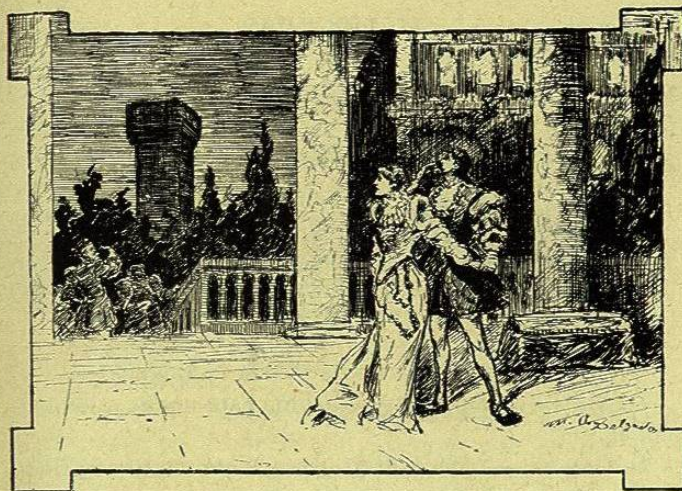
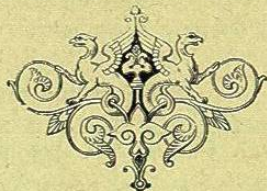
ESCENA V

DON CARLOS, solo

(*Se inclina ante el sepulcro.*)

¿Estás satisfecho de mí? ¿He sabido despojarme de las miserias del rey? ¿Soy ya otro hombre? ¿Puedo ceñir mi yelmo de batalla con la tiara papal? ¿Tengo derecho á gobernar el mundo? ¿Mi pié es ya bastante firme y seguro para andar por ese camino sembrado de vandálicas ruinas que tú hollaste con tus anchas sandalias? ¿Encendí mi antorcha en tu llama inextinguible? ¿He comprendido la voz que habla en tu se-

pulcro?... ¡Ah! Estaba solo, perdido ante un imperio. Todo un mundo que aúlla, y amenaza y conspira; el danés á quien tener á raya, el Padre Santo á quien pagar; Venecia, Solimán, Lutero, Francisco primero; mil puñales conjurados centelleando en las sombras; asechanzas, escollos, enemigos por doquiera; veinte pueblos que harían temblar á cien reyes; todo premioso, urgente, pidiendo simultánea solución... Y te llamé diciendo: ¡Carlomagno! ¿por dónde empezaré? Y tú me respondiste: ¡Hijo! por la clemencia!



ACTO V

LAS BODAS

ZARAGOZA

Galería del palacio de Aragón.—En el fondo una escalera que descende hasta el jardín.—Á derecha é izquierda dos puertas.—Dos arcadas moriscas sobrepuestas cierran el fondo, dejando ver por sus claros los jardines con luces que van y vienen, y en último término los remates góticos y árabes del palacio iluminado.—Música lejana.—Máscaras de dominó, aisladas ó en grupos, pasean por el fondo.—En el proscenio, un grupo de jóvenes, que, con los antifaces en la mano, hablan y rien ruidosamente.

PERSONAJES

HERNANI,
DOÑA SOL.
DON RUY GÓMEZ DE SILVA.
DON SANCHO.

DON MATÍAS.
DON RICARDO.
DON FRANCISCO.
DON GARCI SUÁREZ.